

A photograph of a man in a plaid shirt carrying a young child on his shoulders. They are in a field of tall grass, and the background is a bright, hazy sunset or sunrise.

Nueve temas bíblicos que dirigen **nuestra misión**

■ Sobre nosotros

Pan para el Mundo es una organización cristiana de propugnación que insta a los líderes políticos de los Estados Unidos a hacer todo lo posible por lograr un mundo sin hambre ni pobreza. Nuestra misión es educar y equipar a las personas para que aboguen por políticas y programas que puedan ayudar a erradicar el hambre en los Estados Unidos y en todo el mundo.

■ Introducción

Escuchamos la invitación de Dios a reunirnos y compartir las bendiciones de Su mesa como una voz cristiana unida que labora para erradicar el hambre en nuestra nación y en nuestro mundo. Aunque existen muchos asuntos importantes en los que trabajar, creemos que el acceso a alimentos nutritivos es fundamental para el desarrollo del ser humano. Por esa razón, le invitamos a formar parte de este esfuerzo, al igual que Jesús invitó a los discípulos a Su mesa para que bendijeran y alimentaran a las multitudes.

Escuchamos la invitación de Dios en las palabras de Jesús a Pedro: “apacienta mis ovejas” y “apacienta mis corderos” pronunciadas justo después de haber instruido a los discípulos para que echaran las redes del otro lado de la barca, lo que condujo a una pesca abundante, y a que les diera a desayunar pan y pescado cocido sobre el fuego, en la orilla.

Escuchamos la invitación de Dios al leer en el Antiguo Testamento acerca de la fidelidad de José hacia Dios y su familia cuando les proveyó alimentos y les perdonó. Escuchamos la invitación de Dios a través de Jesús cuando se reunía durante las comidas, en el curso de su ministerio en la tierra, dando de comer a las multitudes, conviviendo con los pecadores y proclamando un nuevo pacto en la cena de Pascua.

1 Dios nos ama. El mayor mandamiento de Jesús fue que amáramos a Dios y nos amáramos los unos a los otros.

El Antiguo Testamento y los Evangelios contienen los dos mandamientos principales. Primero, hemos de amar a Dios ("Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con toda tu alma...") y, segundo, hemos de amar a nuestro prójimo (Deuteronomio 6:4, 5; Mateo 22:37-40; Marcos 12:31; Lucas 6:27-31), lo cual incluye a nuestros enemigos y a aquellos que nos odian y persiguen (Mateo 5:44) además de a cualquier persona que esté en necesidad (Lucas 10:25-37: La parábola del buen samaritano). Nuestro prójimo también incluye a las personas que viven cerca de nosotros y a aquellas que viven lejos. Amamos debido a que Dios nos amó primero (1 Juan 4:19), y debido a que Dios nos amó tanto, también debemos amarnos los unos a los otros (1 Juan 4:7). Deseamos "conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento", para que podamos ser llenos "de toda la plenitud de Dios" (Efesios 3:19).

2 La humanidad fue creada como resultado del amor de Dios y hecha a Su imagen, por lo cual debemos respetar la dignidad de cada persona.

La humanidad fue creada como resultado del amor de Dios y hecha a Su imagen (Génesis 1:26). La disposición de Dios de dejar la eternidad para entrar en el tiempo, a través de la persona de Jesús, le otorgó a la humanidad una dignidad que no es obra nuestra. En su humildad, Jesús sufrió la indignidad de la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2:7-11). Como resultado, podemos apreciar y respetar la dignidad de los demás así como la nuestra (1 Tesalonicenses 5:12-18).

Los encuentros de Jesús con la mujer samaritana (Juan 4:1-30), Zaqueo (Lucas 19:2-5) y el joven rico (Mateo 19:20-22) son ejemplos de su compromiso para trascender raza, género y clase. Jesús trató a todo el mundo con dignidad y respeto.

3 Dios ve, escucha y proclama libertad y esperanza a aquellos afectados por el hambre, la pobreza y la opresión.

A través del Antiguo Testamento, Dios ve, escucha y responde al clamor de las personas que experimentan la pobreza y son vulnerables a la explotación y la violencia (Éxodo 2:23-25; Levítico 25; Deuteronomio 24:19-22; Isaías 3:13-15). Las Escrituras nos muestran al Señor defendiendo la causa de aquellos que son oprimidos y proveyendo para aquellos afectados por el hambre y la pobreza (Salmo 146:5-9; Salmo 72; Proverbios 22).

Jesús vino al mundo en circunstancias humildes (Lucas 2:7) en cumplimiento de las profecías de Isaías, para predicar las buenas nuevas a aquellos afectados por la pobreza, proclamando libertad a los prisioneros, dando vista a los ciegos y libertad a los oprimidos (Isaías 61:1, 2; Mateo 11:2-6; Lucas 4:18-21).

4 Dios provee abundancia divina para todos.

Todos los pueblos han sido bendecidos por la abundancia divina de Dios. Las Escrituras destacan que nuestro mundo e incluso nuestro aliento son dones de Dios (Génesis 1:2). En el Antiguo Testamento, Dios proveyó haciendo que lloviera maná desde el cielo sobre los israelitas (Éxodo 16). En los Evangelios, Jesús alimentó a 5,000 personas (Mateo 14:13-21; Marcos 6:30-44; Lucas 9:10-17; Juan 6:1-14), convirtió el agua en vino en las bodas de Caná (Juan 2:1-11) y llenó las redes de los discípulos con una pesca milagrosa (Juan 21:1-13).

Jesús declaró que vino a dar vida abundantemente (Juan 10:10). Podemos colocar nuestra confianza en la promesa de Dios para provisión, como le dijera Pablo a los filipenses: "Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Filipenses 4:19).

5 Toda la creación es reconciliada con Dios a través de Jesucristo, por lo tanto, debemos esforzarnos por mantener una relación correcta con Dios y los unos con los otros.

El mensaje de reconciliación ha estado siempre en primer lugar en la mente de Dios, desde la separación de Adán y Eva en el jardín (Génesis 3:9) hasta la esperanza de la Nueva Jerusalén cuando: "[Dios] morará con ellos; y ellos serán su pueblo" (Apocalipsis 21:3). Dios nos amó de tal manera, que envió a Jesús, Emmanuel, para ser Dios con nosotros (Mateo 1:23). El Salmo 24:1 nos recuerda que: "De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan". La tierra le pertenece al Señor. Dios no solo reconcilia a su pueblo con Él, sino a toda la creación.

La acción máxima de reconciliación entre Dios y el ser humano es la vida, muerte y resurrección de Cristo (2 Corintios 5:17-21). En Cristo hallamos paz con Dios, con nuestros hermanos y hermanas, y aún con la creación misma. Dios reconcilió todas las cosas en Jesús (Colosenses 1:15-20). Una de las primeras características de la Iglesia fue su cuidado de aquellos que tenían necesidades (Hechos 2:42-47; Hechos 4:32-35) y su comprensión de que un componente esencial del ministerio es el cuidado de aquellos que han sido marginados (Santiago 1:27; Hechos 6:1). Así como Jesús es ahora nuestro abogado (1 Juan 2:1, 2), nosotros podemos propugnar por la justicia (Miqueas 6:8).

Dios ama la justicia y requiere que hagamos justicia y amemos la misericordia.

El Señor es “un Dios de justicia” (Isaías 30:18, NVI). Dios ama la justicia (Isaías 61:8; Salmo 99:4; Salmo 33:5) y requiere que nosotros hagamos justicia, amemos la misericordia y caminemos humildemente con Él (Miqueas 6:8; Amós 5:22-24). Nuestras acciones individuales y estructuras sociales deben capacitarnos para compartir en la provisión de Dios: “...no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre” (Deuteronomio 15:7-11).

En Éxodo 16:13-19, Dios instruye a los israelitas a no recoger más maná del que necesitan cada día. En Levítico 23:22, la ley requiere que los israelitas dejen un rincón de sus campos para aquellos que necesitan alimento. Jesús habló acerca de la importancia de la justicia como un elemento de fidelidad y de acceso equitativo para todos: “Mas ¡ay de vosotros, fariseos! que diezmáis la menta, y la ruda, y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin dejar aquello” (Lucas 11:42). La comunidad en Hechos 2:44-45 tenía “en común todas las cosas y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno”. En 2 Corintios 8:13-15, Pablo le recuerda a la iglesia balancear: “...la abundancia vuestra” para que “supla la escasez de ellos...”

Jesús dijo: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”. Llevamos a cabo la obra de Cristo cuando actuamos en favor de y para las personas afectadas por el hambre y la pobreza.

A través de los profetas, Dios nos enseña que no debemos retener los alimentos de nadie (Nehemías 5:1-13; Isaías 58:6-10; Zacarías 7:8-10) ni endurecer nuestros corazones, sino acompañarnos los unos a los otros con manos abiertas y un corazón dadivoso (Deuteronomio 15:10). En los evangelios, Jesús invita a los posibles discípulos a “seguirlo”, haciendo claro que el discipulado implica acciones de solidaridad y servicio (Mateo 20:26-28).

Jesús nos insta a actuar en nombre de Dios y a ordenar nuestras vidas para que todas las personas tengan lo necesario para vivir (Mateo 25:35-40) y puedan prosperar. Continuamos la obra de Cristo cuando “vamos y hacemos lo mismo” (véase Lucas 10:32-38).

8 Escuchamos la voz de Dios en las Escrituras y respondemos a través del fiel uso de nuestras propias voces.

Proverbios dice: "levanta la voz por los que no tienen voz" (Proverbios 31:8, NVI). Moisés y los profetas le hablaron a aquellos que estaban en autoridad (Éxodo 5; Amós; Jeremías). La reina Ester arriesgó su vida para abogar ante el rey en nombre de su parentela, los judíos (Ester 8). Dios le quitó la voz al profeta Zacarías debido a que él falló en confiar en el ángel. La voz de Zacarías le fue devuelta después de llamar a su hijo Juan (Lucas 1). Cuando Juan el Bautista creció, usó valientemente su voz profética para desafiar a los escribas y fariseos.

De igual manera, Jesús habló con autoridad a través de los Evangelios. En el día de Pentecostés, los primeros seguidores de Jesús recibieron el Espíritu Santo y hablaron en lenguas para que la gente pudiera escuchar [las buenas nuevas] en sus propios idiomas (Hechos 2). Debemos ser fieles y persistentes en el uso de nuestras voces (Lucas 18:1-8). La parábola de la viuda persistente (Mateo 15:22-28); la mujer cananea que buscaba la sanidad de su hija. Somos mayordomos de la gracia de Dios al hablar y servir con valentía (1 Pedro 4:10, 11).

9 Las Escrituras recomiendan que el gobierno desempeñe un papel moral en la protección, el desarrollo y la prosperidad del pueblo.

La ley del Antiguo Testamento establecía una estructura para la sociedad con una profunda preocupación divina por las personas que experimentan la pobreza y desaprobaba los sistemas que no dignifican al pueblo de Dios, colocándolo en condiciones de hambre y pobreza. Esta estructura habría de permanecer como testigo para todas las sociedades (Deuteronomio 4:5-8). Los profetas hablaron en contra de la injusticia y condenaron la falta de preocupación para con aquellos que experimentarían la pobreza, sin importar la estructura gubernamental bajo la cual vivieran (Isaías 32:7; Ezequiel 16:49; Amós 4:1-3; 8:4-7).

Las Escrituras hablan acerca de la función y la responsabilidad que tienen los líderes del gobierno de cuidar de todas las personas, incluyendo las que están experimentando pobreza (Salmo 72; Jeremías 22; Proverbios 31:8, 9). En el Nuevo Testamento, Jesús llama a sus seguidores a que amen a su prójimo (Mateo 22:39, 40) y advierte a las naciones que serán halladas responsables y juzgadas dependiendo de la manera en que traten a los "más pequeños" entre ellos (Mateo 25:31-46; Sofonías 3:8, 13). Al igual que el Salmo 72, Romanos 13 enfatiza el papel y la responsabilidad de los líderes. Estos pasajes implican que nuestros líderes son siervos para bien, ya sea que reconozcan o no que su autoridad proviene de Dios. En la misma forma en la cual Pablo ejerció su poder como ciudadano romano, los cristianos, también, pueden hacerlo abogando para que el gobierno proteja y provea para su pueblo (Hechos 21-26). ◀